

Pedro Calderón de la Barca

*El médico de su honra*

Edición de Jesús Pérez Magallón

OCTAVA EDICIÓN

CÁTEDRA  
LETRAS HISPÁNICAS

# Índice

INTRODUCCIÓN .....	9
<i>El médico de su honra</i> (1635), una tragedia .....	14
Tragedia de amor.....	33
Mencía .....	41
Leonor .....	52
Gutierre .....	57
Tragedia de celos .....	70
Tragedia de honor .....	82
Las escalas del poder: paralelismo Mencía-Pedro (o Gutierre- Pedro o Gutierre-Enrique) .....	106
Símbolos e imagería .....	133
ESTA EDICIÓN .....	143
ESQUEMA MÉTRICO .....	145
TEXTOS DE «EL MÉDICO DE SU HONRA» .....	147
BIBLIOGRAFÍA .....	149
EL MÉDICO DE SU HONRA .....	169
Primera jornada .....	173
Segunda jornada .....	251
Tercera jornada .....	341

*El médico de su honra*, según escribe Bruce Golden, «Calderón's Tragedies of Honor», pág. 255, «has perhaps the most famous (notorius might be the better word) finale in *siglo de oro* tragedy». Y es desde ese impresionante final —con la imagen del cadáver de Mencía y el compromiso matrimonial de Gutierre con Leonor— desde el que se ha juzgado la tragedia; desde la perplejidad incuestionable que se hospeda en la mente del espectador. En muchos casos, desde el estado de turbación y perturbación provocado por la obra y su cierre. En otras palabras, el lector o crítico (de cualquier género), traumatizado por un desenlace que pasa de la imagen horrible del cadáver sangriento de Mencía a las palabras aparentemente cónicas e infernalmente irónicas del rey Pedro, no es capaz de atribuirle un sentido aceptable a todo lo ocurrido hasta ese momento. Y eso conduce a una cadena de interpretaciones que más parece reflejar el escenario interior de la imaginación crítica que lo que la tragedia representada está poniendo en el escenario<sup>1</sup>.

A este editor le habría gustado ser capaz de proponer una lectura que obtuviera el consenso —o un mínimo consenso— de la crítica. Sin embargo, la contraposición de interpretaciones sin puentes posibles demuestra claramente que ese consenso es inviable. Y, en consecuencia, que nuestra edición tiene que tomar el partido a que nos lleva nuestra propia lectura del texto y la reflexión sobre las numerosísimas aportaciones de críticos anteriores. En la guía de lectura de *El*

---

<sup>1</sup> Baste un mínimo ejemplo. Léase el resumen de la obra que ofrece Alberto Castilla en «El arte teatral de Calderón en *El médico de su honra*», páginas 403-404, así como algunos de sus comentarios.

*médico de su honra*, publicada por Don W. Cruickshank, este reconocía esa realidad —a la que él mismo, con sus diversos trabajos, ha contribuido— al constatar, por ejemplo, que uno de los «most hotly debated aspects of the play [is] the role of Fate versus the free will (and therefore moral responsibility) of the characters» (pág. 39), que el personaje del rey Pedro «has provoked most disagreement» (pág. 49), que «there is no unanimity among critics about the character of Gutierre or about his situation at the end of the play» (pág. 56), que Mencía «is probably the least controversial character in the play» (pág. 61), que Leonor «has not entirely avoided critical controversy» (pág. 66), que «Arias is just like the major characters in the disagreements which his role has provoked among the critics» (pág. 71) o que «if there is no agreement about the attitude of Golden-Age dramatists in general to honour, there is even less about Calderón's own attitude» (pág. 93). Porque, como se ve, el problema no se sitúa exclusivamente en un cierre abierto o ambiguo —idea antigua a la que regresa McKendrick en «Anticipating Brecht», pág. 217—, sino en la práctica imposibilidad para el crítico de dar sentido a la totalidad de elementos que van apareciendo en la tragedia, es decir, para concretizar una percepción del todo que no se desgaje y desrracime en cada uno de sus componentes. A eso se refiere también McKendrick («Anticipating Brecht», pág. 217) al hablar de lo que parece la resistencia del texto a la interpretación (o, más bien, a la simplificación o a la certidumbre). Podría sugerirse que la irreconciliabilidad de posturas críticas se encuentra, bien seguro, en el propio texto, pero sobre todo en las presunciones, prejuicios enraizados en la visión del mundo y de la historia, juicios que el sujeto cree ciertos en su funcionamiento intelectual y social, que acaban hipotecando —es decir, determinando— la lectura que ofrecen. ¿Y podría ser de otra manera? Lo dudamos. Una síntesis se ha mostrado hasta ahora prácticamente imposible, y la prueba más evidente es el encomiable trabajo de Ana Armendáriz Aramendía en su edición crítica de la obra.

Currie K. Thompson, hablando sobre *El castigo sin venganza* de Lope, escribía que esa tragedia «seems characterized by

a tendency to divide its readers into opposing camps with contrasting interpretations. This is particularly evident in the critics' treatment of the play's main characters»<sup>2</sup>. Lo mismo, pero llevado a un extremo de irreconciliabilidades imposibles, sucede con *El médico de su honra*. Es, en ese sentido, interesante el enfoque de Isaac Benadu, para quien el lago encenegado de contradicciones en que se ha convertido la crítica de esta tragedia depende directamente de la ausencia de una tradición continuada de representaciones que hayan establecido un código aceptable y aceptado por el colectivo de artistas de teatro, por la comunidad crítica y por el público en general («Interpreting the Comedia», págs. 27-28), pero el mismo crítico dirá que la puesta en escena es una lectura, de lo cual parece desprenderse que, con nuevas lecturas —esta vez vehiculizadas por la tradición de representaciones— será difícil lograr una visión consensuada. En otras palabras, la crítica ha asumido la autoconciencia de que el consenso sobre *El médico de su honra* es prácticamente imposible o, como escribe Frank P. Casa, «cualquier interpretación es válida» («Las muertes entrelazadas», pág. 136) porque siempre queda espacio para aportar un dato válido en la empresa colectiva de comprensión. El mismo Casa confirma que «si se hubiera llegado a un consenso sobre el sentido de la obra o de los móviles de sus protagonistas no existiría la necesidad de volver con obsesión al tema. La obra continúa resistiendo el asedio de los críticos» («Las muertes entrecruzadas», pág. 140). William R. Blue regresa a la difícil interpretación o más bien al imposible consenso:

Peter is just or cruel; Henry commits regicide or tyrannicide; Mencía is innocent of guilty; Gutierre is exemplary or monstrous. Even ambiguous or mixed judgments —Mencía is partly guilty and partly innocent— imply the reader's position in the critical/political act of interpretation («*El médico de su honra* and the Politics of Reading», pág. 415).

---

<sup>2</sup> Currie K. Thompson, «Unstable Irony in Lope de Vega's *El castigo sin venganza*», *Studies in Philology*, 78 (1981), págs. 224-240; cita en pág. 226.